

1 NOREÑA





Oviedo, la ciudad contradictoria, ha sido durante dos meses la capital de una guerra sin precedentes: el problema del precio de la leche originó un conflicto de considerables dimensiones con la participación de decenas de miles de ganaderos asturianos. Hubo abstención masiva en la entrega de la leche.

LA GUERRA BLANCA

ESTAMOS EN OVIEDO, LA CIUDAD LEVITICA de Clarín, de entraña profundamente conservadora por razones históricas, sociales, económicas. Estamos en una ciudad de vocación europea frenada en su misma raíz por hábitos y costumbres mineralizados, vuelta sobre sí misma y, si Ortega merece crédito y aquel discurso suyo del Campoamor, allá por los años treinta, no fue sólo una fácil perorata electoral, que tiene la mirada clara y va directamente a las cosas. Estamos en una ciudad que se despreza tras un largo sueño, crece vertiginosamente hacia arriba y se dis-

persa devorando aldeas y lugares. El punto de cita de los ingenieros de las cuencas mineras en tarde de sábado, para ver la última película, beber ginebra o buscar novia en los clubs de la vieja burguesía local. El centro operístico más importante del mundo, después de Milán, en gusto y afición. El mundo antiguo y el mundo moderno, en un imposible intento de síntesis. Una ciudad contradictoria con su provincia en todos los planos —el social, el económico, el político, el religioso (la Historia es elocuente en punto a esta cuestión)— y —conservadora y europea, burguesa y aristocrática, creciente y refre-

Por EDUARDO G. RICO

nada— contradictoria consigo misma. Una ciudad difícil.

Una ciudad que es hoy la capital de la «guerra blanca», una lucha social de amplias dimensiones y signo económico, con escasísimos precedentes: la pequeña burguesía campesina, los ganaderos presos en el minifundio, frente a la industria lechera. En este momento se anuncia el armisticio. Pero será una paz precaria y compleja. Aventuro este vaticinio.

SIGUE



De la noche a la mañana, la gran «marea blanca» convirtió a Jesús Sáenz de Miera, presidente de la Cámara Sindical Agraria, en líder de los campesinos.

ESTE HOMBRE QUE BAJA TODAS LAS MAÑANAS por la calle de Matemático Pedrayes y dobla por la de Asturias hasta llegar a la avenida de Galicia para subir al cuarto piso de la Casa Sindical, donde tiene su despacho, que saluda con una ancha sonrisa a diestro y siniestro en olor de su recién estrenada popularidad, se ha convertido en líder de una masa de varios cientos de miles de campesinos en menos de un mes. Se llama Jesús Sáenz de Miera Zapico y fue, me dicen, dirigente del Sindicato de la Madera, y ahora presidente de la Cámara Sindical Agraria. Una ejecutoria «de orden», como ésta, ¿no se contradice con su nuevo papel?

Circulo por Oviedo con el oído alerta. Voy a «Rívoli», y a «Parsifal», y a «Kopa», y a «Peque», y a «Kotel», y a «Noel», y a «Rialto» —son los bares de moda—, subo a los despachos, visito los hoteles, las librerías. Escucho.

—Sáenz de Miera es un gran político.

—Sáenz de Miera es un ambicioso.

—Sáenz de Miera es del Opus Dei.

—Sáenz de Miera ha puesto un inmenso entusiasmo y ha ganado.

—Sáenz de Miera ha planteado mal la huelga. No lo hizo en el momento adecuado.

Escucho y anoto. Luego saldré de la ciudad y me iré al Oriente y al Occidente, a los pueblos más alejados y a los grandes centros ganaderos. A conectar, más allá de las tertulias, con el proceso y sus razones en su mismo escenario y con sus auténticos protagonistas.

PERO EXPONGAMOS PRIMERO LOS PRESUPUESTOS en que el conflicto se inscribe. El campo asturiano soporta un estancamiento secular, condicionado por una orografía adversa —sólo comparable, en Europa, a la suiza—, por la estructura de la propiedad —acentuado minifundismo—, por la forma jurídico-social —18.000 agricultores cultivan sus tierras en régimen de arrendamiento y 42.000 en forma mixta— y por la deficiencia de las comunicaciones que dificulta la comercialización. A estos condicionamientos hay que añadir la falta de una formación moderna en el campesino, la ausencia de una tecnificación progresiva que permita aumentar la rentabilidad, etc. Todo ello determina la existencia de un elevado número de explotaciones de pocas cabezas de ganado (sólo a partir de quince vacas las ganaderías asturianas podrían ser rentables) y, en consecuencia, la producción no es suficiente para mantener en el campo un nivel digno, sobre la base de los precios actuales.

Estamos en una economía de mercado y la sacrosanta ley de la oferta y la demanda establece su imperio sobre las relaciones campesino-industrial. En este orden no podemos desconocer otro factor decisivo: las importaciones de leche fresca de Francia, que ascendieron, si nuestra fuente es de buena ley, a trece millones de litros entre el 17 de octubre y el 20 de noviembre últimos. Los franceses practican «dumping»: su Gobierno prima fuertemente las exportaciones.



LA GUERRA BLANCA



La cabaña asturiana se ha enriquecido, en los últimos años, con la importación de ganado vacuno destinado especialmente a la producción de leche.

Arriba, un momento de una de las reuniones de ganaderos celebradas en Oviedo para mantener la solidaridad. Durante dos meses los campesinos dieron a la leche el destino gráficamente expresado en la foto inferior.

Sobre estos supuestos, apresuradamente resumidos, descansa el problema.

EL ESTALLIDO SOBREVINO PORQUE LA ley de la oferta y la demanda es dueña y señora de un sistema cuyo motor es la ganancia: en los meses de primavera se registra un aumento de los forrajes verdes, por obvias razones naturales; crece, en consecuencia, la producción de leche, mientras que la demanda disminuye, porque los meses veraniegos no son favorables para el mercado de los derivados lácteos en las grandes ciudades. Las industrias transformadoras deciden bajar los precios. En mayo pagan el litro a cinco pesetas: cincuenta céntimos menos.

Se plantea el problema en las Hermandades del Occidente asturiano. Hay reuniones de campesinos en Tapia, en Lluarca, en Navia. El descontento es masivo: no hay defecciones.

El día 30 de mayo, millares de ganaderos del Occidente se abstendrán de entregar su producción. Los camiones irán recogiendo, de regreso a Oviedo, las lecheras vacías, instaladas al borde de caminos y carreteras.

El día 12 de junio, un modesto periódico luarqués, el «Eco», daba a conocer las conclusiones a que habían llegado, en plena unidad, los ganaderos occidentales: mantenerse firmes en la abstención, pedir la colaboración del resto de los productores regionales, ir a la creación de una industria transformadora de emergencia.

Poco antes, el 9 de junio, se celebraba en Villuir una reunión en un clima apasionado. El secretario de la Hermandad de Tapia se distinguió por su fogosidad. Recordó una antigua conseja:

«Si el labrador no produce, no come el rey».

Se votó por unanimidad la continuación de la huelga.

LA PRESION OCCIDENTAL SE HACE SENTIR poderosamente en Oviedo. En una asamblea celebrada el 23 de mayo se había decidido ya la abstención a nivel provincial, pero el acuerdo no fue obedecido en el Centro y el Oriente. Los occidentales se presentan **SIGUE**





Los curas rurales otorgaron su «apoyo moral» a los campesinos en una reunión celebrada en Oviedo. Tres destacadas figuras, los padres Cristino González Velasco, José María Vázquez y Severino Canal, comunicaron a la prensa local el acuerdo.

en la capital y Sáenz de Miera convoca una asamblea de Hermandades que tiene lugar el día 21 de junio. La «guerra blanca» va a cobrar una forma superior y un planteamiento más claro. El presidente de la Hermandad de Villuir habla en nombre de Occidente, en tono dramático:

—Nuestra situación es angustiosa. El problema que defendemos no es nuestro, es de todos. Os pedimos vuestra ayuda con urgencia.

Todos los presidentes de Hermandades se solidarizan, pero alguno, como el de Ribadesella, muestra sus dudas sobre el éxito. «Ellos —dice— no cuentan con suficiente fuerza persuasiva sobre los campesinos».

De cualquier modo, la solidaridad toma carácter formal. Se acuerda generalizar la abstención de un modo radical. Se acuerda exigir como precio mínimo el de seis pesetas el litro. Se acuerda movilizar a la masa campesina para que respalde la operación. Se acuerda dialogar a partir del primero de julio. Se acuerda comercializar, a través de canales directos, los productos derivados. Se acuerda resistir hasta el final. No hay un solo voto en contra.

Es quizá entonces cuando el presidente Sáenz de Miera toma plena conciencia de la responsabilidad que ha recaído sobre él. Fiel a ella, irá hasta donde sus obvias limitaciones se lo permitan. La asume, sin más, y a partir de este momento desarrollará un intenso programa de —llamemos a las cosas por su nombre— agitación. Al día siguiente, miércoles, hablará en Ribadesella. Al otro, en Llanes y Cangas de Onís. Y a última hora de la tarde, en Arriendas. El viernes pronunciará un encendido discurso en Cabranes y otro en Infiesto. El Oriente y el Centro se incorporan sin condiciones a la «guerra blanca».

NO HAY QUE OLVIDAR LA INICIATIVA DE los curas rurales en el conflicto. Son las once de la mañana del día 6 de julio. Reunión en el Seminario de Oviedo. Allí están los más conscientes, batalladores y entusiastas: los padres Cristino González Velasco, José María Vázquez, Severino Canal, buenos conocedores

En Pruneda, tierra de pomaradas y lúpulo, los bidones vacíos parecen hacer guardia en el camino. También allí la abstención fue casi total.

del campesinado. Preside el vicario general, don Demetrio Cabo. Se discute un amplio informe que no se dará a la publicidad. Sobre la mesa, los textos de Juan XXIII. Resultado, al pie de la letra:

«El clero rural apoya moralmente al campesinado astur en la búsqueda de una solución justa al problema que hoy se debate...».

No he podido hablar, pese a varios intentos, con don Cristino Velasco. Su extraordinaria movilidad y la discreta mía, no tuvieron punto de coincidencia. Pero estuve en Hevia, su parroquia, y pude comprobar lo mucho que representa en el grado de concienciación de la vasta y dividida población campesina la acción que él desarrolla.

Paradojas al nivel de la anécdota: un cronista radiofónico y un periodista —J. A. Pereléguy y Lillo— descubrieron, al día siguiente, que el propio Seminario vendía la producción de sus establos particulares. Ni quito ni pongo. Al testimonio de aquéllos me atengo.

PORQUE LA PRENSA TAMBIÉN HA JUGADO su papel. Yo diría —juro que sin incurrir en parcialidad profesional— que ese papel ha sido principalísimo, puesto que ha otorgado a un conflicto callado —el campo vive en silencio, carece de canales informativos eficaces— dimensiones nacionales, le ha prestado su tremendo altavoz. Pienso, sobre todo, en tres periodistas jóvenes —Diego Carcedo, Graciano García y Juan de Lillo— que, aparte de su labor en el periódico provincial, han expuesto el problema, conocido en profundidad por uno de ellos —Carcedo—, a través de las grandes agencias, forzando a Madrid a ponerse a la

escucha. Pienso en la tarea diaria de Julio Ruy-mal y de tantos otros, y también en la de los pequeños periódicos locales, de mínima tirada pero poderosa influencia sobre el campesinado, que dieron la batalla en primera línea, como el «Eco de Luarca» y los semanarios orientales y centrales.

SERÍA FALSEAR LA FORMA DEL CONFLICTO si se intentara convertirlo en una epopeya. Ni siquiera fue un drama, por más que la imaginación literaria asturiana se inventara sonoras palabras para definirlo: la «guerra blanca», el «queso de la rebeldía»... Fue, esto sí, un esfuerzo tremendo y un sacrificio económico sin precedentes en el campo.

Pero es justo describir, aunque sea de prisa, sus más curiosas y originales expresiones. El 3 de julio una caravana motorizada recorrió la carretera de Vegadeo a Grado. Autocares, coches, motos, se ordenaron en pacífica manifestación para solicitar la solidaridad de todos. Millares de octavillas circularon de mano en mano. Fueron creadas, casi espontáneamente, «comisiones de vigilancia», integradas por campesinos jóvenes, para evitar el esquirolismo, algunas veces combatido hasta extremos increíbles: en Sariego, la carga entera de un camión regó los prados cercanos. Se dice que, en Canero, a un campesino que «echaba» la leche, le segaron una noche todo un patatal. Luego, la anécdota pequeña: un asno cargado de bidones que aguardaba la llegada del camión de la fábrica «desapareció», durante dos horas, para reaparecer cuando ya el camión había pasado. Otros camiones se llevaron a la capital bidones rebosantes de...





No es un problema de precios. El conflicto es más hondo, tiene sus raíces en la estructura agraria asturiana, que impide la tecnificación y el desarrollo de la agricultura y de la ganadería, restando rentabilidad a las explotaciones. Esta no ha sido más que su primera etapa. Todavía quedan otras que cubrir.

agua. La microanécdota no disminuye, sin embargo, la seriedad del conflicto. Simplemente la ilustra.

ESTE PUEBLO SE LLAMA PRUNEDA y está encaramado en las colinas de más allá de Nava, aguardando la instalación eternamente diferida del teléfono. Los bidones vacíos se alinean en el camino polvoriento. El lúpulo eleva su estatura.

—Mire usted, en Oviedo desconocen nuestros problemas —opina alguien en el «chigre». Bien está una peseta más en litro, pero esto no es todo. El campo asturiano tiene que desarrollarse, ¿pero cómo? ¿Dónde están los capitales?

Este otro es Castañedo y se asienta en el corazón de un frondoso bosque de castaños. Está en el camino de Galicia, carretera general, ruta de truchas y salmones.

—Estamos dispuestos a resistir hasta el final. ¿Pero qué final? Es difícil entenderse. Unos tenemos tres vacas, otros quince. Los intereses son distintos, ¿no comprende?

Y así en Trevías y en Cadavedo, en Otur y en Puerto de Vega, en Cancienes y en San Martín de Luiña. Es difícil saltar la barrera de la retransmisión campesina. Pero la mayoría no puede reprimir el deseo de hablar, hablar...

OVIEDO, HORA VEINTICINCO DE LA «GUERRA blanca». Los industriales van a ceder, ceden, ya han cedido... se incrementará el precio de la leche. Si tal era el problema, ya está resuelto.

Pero, ¿qué piensa Sáenz de Miera, qué piensan los industriales, qué piensa el campesinado? ¿Todos satisfechos? Ninguno, si se me permite arriesgar la opinión. El problema es de fondo: se hincan en los supuestos que hemos descrito, en las específicas condiciones en que se desenvuelve la producción. En las primas que exige, en la propaganda que los productos derivados necesitan para ampliar el mercado nacional, en la lucha contra el «dumpling» extranjero, en el mejoramiento de la «cabaña», en la transformación de las estructuras agrarias, en una reforma jurídica sin reservas, en la cooperativización, en...

OVIEDO, LA CIUDAD CONTRADICTORIA, capital de la «Guerra Blanca», envuelta en las nieblas de julio, bajo el «corballo», sacude su pereza, se extiende voraz sobre sus flancos, mira hacia atrás y hacia adelante y convoca día a día sus tertulias como en el viejo tiempo, ahora acomodadas a la barra interminable, la luz roja y el «gin-tonic».

—Esto estuvo mal planteado.

—Sí, sí: pertenece al Opus Dei.

—Lo organizó a destiempo.

—Tiene un indudable talento político.

Ni entro, ni salgo. Pero creo —y no es tan difícil verlo— haber penetrado en el secreto de la cuestión. Lo de menos es lo que los comentarios apuntan: a mí, en una perspectiva nacional, sinceramente no me interesan. Porque creo que las razones de lo ocurri-

do están en otra parte. Están en esa creciente marea blanca que con fuerza equinoccial ascendió desde las plácidas tierras de Occidente hasta un despacho del cuarto piso de la Casa Sindical y movilizó y encendió a un hombre clave, y determinó que asumiera una postura combativa.

Pero el problema es, insisto, profundo. Sólo se ha cubierto la primera etapa. Y porque así pienso me atrevo a formular, con todos los respetos, unas preguntas:

¿Es el señor Sáenz de Miera plenamente consciente del alcance que reviste la misión por él tan ardientemente asumida? ¿Sabe que sólo se ha cubierto el primer capítulo? ¿Está dispuesto a ser consecuente, hasta el final, con ese grito de «Arriba el campo» que con tanta firmeza lanzó en Arriendas y en Cangas, en Ribadesella y en Llanes?

Yo puedo dudar, permitirme aventurar hipótesis, quizá condicionadas por prejuicios, en punto a las respuestas. Las tertulias de Oviedo pueden emitir las suyas. Pero el único que tiene derecho a responder es el propio señor Sáenz de Miera, improvisado líder de una complicada «guerra blanca». Y por lo que esas respuestas representen en la práctica —y no por hipótesis o encuadramientos apriorísticos— debe ser juzgada su personalidad. Por tanto, esperamos.

E. G. R.

(Fotos Rubio, Lasen y Europa Press)